

Los ríos subterráneos de la danza

Patricia Cardona

La danza moderna y contemporánea mexicanas, así como el ballet clásico e incluso las danzas tradicionales, son producto de las migraciones de la tradición hacia el presente y las rupturas formales de usos y costumbres. La bailarina estadounidense Waldeen optó por México para comprometerse con el nacionalismo posrevolucionario de principios del siglo xx. Ana Sokolow convivió con las fuerzas vivas y pujantes de los refugiados españoles en México. Xavier Francis eligió este territorio para seguir creciendo como artista. José Limón eligió Estados Unidos como escenario de vida. Cuando el siglo xx apenas amanecía, Hipólito Zúñiga, Nelsy Dambé y muchos otros maestros del ballet decidieron instalarse en territorio mexicano. Es más, desde la Colonia las sangres se

cruzan y los ríos subterráneos de horizontes, influencias y visiones no han dejado de correr. En múltiples ocasiones la raíz popular y tradicional ha sido recreada para someterla a nuevos cánones de expresión. De esta manera no sólo emergió el movimiento mexicanista de la danza moderna, sino la noción de ballet folclórico.

La danza mexicana está bordada de estas relaciones, con las que los territorios y sus culturas se funden en el cuerpo del bailarín. Éste es el cuerpo-territorio-patria que resuelve o evidencia los encuentros con el otro, ya sea para asimilarlos o para someterlos a una metamorfosis.

